

al fin y, cuando hubo caído, le di la tercera herida: ¡era ofrenda de voto al Zeus de los abismos, salvador de los muertos...! Cayó el miserable y vomitó el alma: saltó hasta mí su sangre negra y me ha cuajado de gotas al darle la final puñalada... ¡cuán gratas, cuán amables, para mí más que el rocío que envía Zeus para mudar la flor en fruto...!

Este el hecho es, senado de Argos. ¡Plázcaos o no os plazca, me vanaglorio de él! ¡Ah, si pudieran hacerse libaciones sobre un cuerpo difunto ahora sería el tiempo de derramarlas con la mayor justicia sobre el de este hombre: sus crímenes hacían rebosar la copa de la maldad en este palacio: regresó y la bebió de un solo trago!

Coro.—Pasmados estamos de tu desvergüenza y osadía... ¡alabarte tú misma y manchar con tus labios al esposo que mataste...!

Cl.—Tratáis de ver en mí a una mujer sin juicio... Pero tengo el corazón que no tiembla: tenéis de ello buena experiencia. Y, ¿a mí qué? ¡Me reprobáis, me aprobáis? ¡Es lo mismo!... Este es Agamemnon, mi marido; esta mi diestra lo ha dejado muerto. Obra de buena artista. Así las cosas son. (Señala el cadáver y queda mirando impávida.)

104

Coro Est.—¡Qué veneno, oh mujer, maléfico, sacado de frutos de la tierra; qué brebaje traído del oleaje del mar has bebido? ¡Tener audacia tal para perpetrar este infando sacrificio y para desafiar las maldiciones del pueblo? ¡Ah, lo hiciste sin fuero, lo mataste sin temor! ¡No tienes ya derecho a la ciudad: el odio implacable de los ciudadanos te persigue!

Cl.—¡Ahora me condenas al destierro y al odio de Argos y a la maldición del pueblo... y contra él jamás alzaste la voz! Injusto infame: contra todo derecho, cual si fuera una ovejuela tomada del rebaño, mata a su propia hija —¡la hija de mis entrañas tan queridas!— ¡para acallar los vientos de Tracia! ¡No era a él a quien hubiera convenido arrojar de esta ciudad que con sus crímenes había mancillado? Ahora sí: cuando sabes apenas lo que he hecho, te conviertes en implacable juez. Pero yo te lo digo: ¿me amenazas? Bien está: hago lo mismo. Pongamos la fuerza por medio; si vences, serás mi amo... si yo venzo, por que tal es el fallo de un dios, aunque tardamente por tu vejez llegarás a saber lo que es prudencia.

Coro Ant.—¡Alma altanera y orgullosa tienes... despectivas palabras profiere tu boca...! ¡Delirando está tu mente nutrida por el crimen que te mancha... en tus ojos mismos horrenda brilla la sangre en gotas. Es necesario... despreciada de todos, privada de todo amor, has de pagar sangre con sangre!

Cl.—¿Oyes ahora también la recta norma de mis juramentos? Juro por la justicia que esta ha sido venganza por mi hija inmolada: por Ate, por la Erina, yo he matado a este hombre por movimiento suyo y para su honra. No ha de visitar jamás este palacio la menor vislumbre de zozobra, mientras encienda el fuego de mi hogar Egisto y sea para mí, como lo ha sido antes, un corazón y una mente bien dispuesta. Este es el amplio escudo que guarda y defiende mi confianza.

Allí yace inerte el que fue baldón de mí, mujer desdichada, cuando era las delicias de las Criseidas allá en Ilión... ¡Allí está la cautiva también la que profería oráculos, la vidente...! ¡Fue su consorte en el lecho, la concubina que yació con él en la travesía de los mares... ha sido fiel: también ahora comparte su sueño...! ¡Tienen el destino que merecieron ambos! ¡Sabéis ya cómo cayó él! ¡Ella, emulando al cisne, moduló su final endecha fúnebre y se tendió amorosamente junto a él...! ¡Qué bien hizo mi marido de traerla: vino a ser el punto que sazonó mi venganza!

Coro Est. 1.—Ay. ¡Qué muerte ha de venir? ¡Rápida, sin atarnos en el lecho y que traiga consigo el sueño de la Moira que nadie interrumpe? ¡Muerto es el guardián amante de esta mansión! ¡Por una mujer sufrió innumerables infortunios y a mano de una mujer ha sucumbido!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables, son las vidas que en Troya aniquilaste!

105

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! La discordia obsedía esta mansión: ¡una discordia que exigió la muerte de un esposo!

Clit.—No invoques de la muerte el necesario destino, abatido como estás por la presente obra. No inculpes a Helena como ruina de un hombre, como autora de mil muertes de Dánaos y como fuente de incurables infortunios.

Ant. 1.—¡Grande, grande eres, genio que esta mansión infestas, tu encono es pesadumbre sobre esta casa y sobre los hijos de Tántalo! ¡Oh, siempre te has servido de mujeres de almas broncas y fuertes para lograr victoria desgarrando mi corazón! ¡Está como un cuervo sobre este cadáver, adversario insaciable, entona su canto altanero en que se jacta de su triunfo!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables son las vidas que en Troya aniquilaste!

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! ¡La discordia obsedía esta mansión: una discordia que exigió la muerte de un esposo!

Clit.—No invoques de la muerte el necesario destino, abatido como estás por la presente obra. No inculpes a Helena como ruina de un hombre, como autora de mil muertes de Dánaos y como fuente de incurables infortunios.

Ant. 1.—¡Grande, grande eres, genio que esta mansión infestas; tu encono es pesadumbre, sobre esta casa y sobre los hijos de Tántalo! ¡Oh, siempre te has servido de mujeres de almas broncas y fuertes para lograr victoria desgarrando mi corazón! ¡Está como un cuervo sobre este cadáver, adversario insaciable, entona su canto altanero en que se jacta de su triunfo!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables son las vidas que en Troya aniquilaste!

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado, cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! ¡La Discordia obsedía esta mansión: una discordia que exigió la muerte de un esposo.

Clit.—Corrige ahora tu boca, tu error: llamas grande al genio de esta progenie nutrido con la sangre de sus venas. El fomenta en nuestras entrañas la sed de sangre que nunca se sacia: no se cierra una herida, cuando ya otra está sangrando!

Coro.—¡Grande, grande es el genio que en esta casa reina y sus rencores están llenos de encono: lo has recordado ahora!, memoria amarga de una cadena de infortunios intolerables. ¡Ay, ay, así lo quiere Zeus: sin su voluntad nada se inicia y nada llega a término! ¡Qué hay en el mundo que sin Zeus acontezca? ¡Hay alguno de los hechos de esta casa que no sea obra de un dios?

Coro.—¡Ay, ay, mi rey! ¡Cómo lloraste? ¡De un corazón que te ama qué palabra sacar? ¡Tu cuerpo yace allí: en una tela de araña: has exhalado el alma, con sacrilega muerte!

¡Ay de mí, en lecho indigno yaces, yerto al golpe de daga de doble filo, traidoramente movida por la mano de una esposa!

Clit.—¡Piensas que esta obra es mía! ¡No, no lo es: yo no soy la esposa de Agamemnon! ¡Bajo la apariencia de una esposa de este

muerto, ha sido el genio antiguo, el vengador indomable del cruel anfitrión Atreo! ¡Está vengando la muerte de dos niños con la de este hombre!

Coro.—¡Ah! ¡Con que inocente tú? ¡Qué testigo hay?, y ¿cómo?, ¿cómo? El genio funesto de este linaje bien pudo ser tu cómplice. ¡El negro Ares se complace cruel en hacer que corra la sangre de los deudos a mano de otros deudos y vendrá el día en que la sangre de los niños quede expiada!

Cl.—No indigna, no sacrilega fue su muerte: es lo que pienso yo. ¿Quién si no él introdujo la muerte traicionera en esta casa? El hizo que mi hija, que era hija suya, mi llorada Ifigenia, fuera tan cruelmente inmolada. La suerte que dio a ella es la que él merecía... No se sienta orgulloso allá en el Hades: muere a hierro que lo desgarrar: con hierro desgarrador dio él la muerte.

Coro Est. 3.—No estoy en mí: en mi congoja la razón no me asiste... ¿Al derrumbarse esta mansión, a dónde volveré los ojos? Me estremezco, tengo espeluzado el cuerpo ante la lluvia torrenciosa de sangre que hace que se derruya esta casa, ¡ya no es gota tras gota: es una tempestad desatada! ¡Es que la vengadora justicia aguza su puñal aún contra estas piedras para castigar un nuevo crimen?

Coro.—¡Oh, tierra, tierra... me hubieras tragado antes de que mis ojos pudieran ver el yerto cuerpo tendido en la tina de plata...! ¿Quién va ahora a sepultarlo? ¿Quién entre lágrimas va a cantarle la endecha final de los muertos? ¿Serías capaz de hacerlo tú? ¿Tendrás la osadía, oh mujer, de acompañar a la pira con lamentos al marido que tu mano asesinó? ¡Buena forma de pagar un crimen con un servicio de amor! ¡Eso fuera el mayor de los ultrajes!

Coro.—¿Quién será el que llorando teja el elogio fúnebre del varón que los dioses protegían? ¿Quién con alma sincera va a llorar sobre sus despojos?

Cl.—¡No te toca el oficio de arreglar los funerales...! Yo lo maté: yo le he de hacer el oficio fúnebre. ¡Y nadie de esta casa coreará mis lamentos! ¡Ah, sí... mi Ifigenia dulcísima... ha de salir, cumpliendo con su deber, a recibir a su padre allá en las riberas del río del eterno dolor torturante... ella vendrá a abrazarlo... ella lo recibirá con un beso!

Coro Ant. 3a.—¡Hay ofensa por ofensa: nadie puede dar el fallo final! ¡Al que quita, le quitan... el que mató, ha de caer a mano violenta...! Tal es la ley mientras Zeus en el trono se sostenga: "Al que hizo mal, el pago justo". ¡Norma divina es! ¿Quién, en

tonces, de esta mansión expulsará la semilla execranda del crimen?... ¡La odiosa venganza está pegada con indestructible liga a este linaje!

Cl.—¡Ahora sí que la verdad has proclamado... también yo quiero cambiar juramentos al genio de la raza de Plistene. Duro es de sufrir el hecho presente, me resigno... pero ese genio maléfico quisiera al fin dejar este palacio... irse a otra progenie para seguir inspirando los crímenes familiares...! De esta casa quiera la parte menor de los bienes... con tal que logre echar de su recinto la locura de cometer crímenes domésticos.

Echa lejos la daga. Llega Egisto con sus soldados. Se pone enhiesto ante el cuerpo de Agamemnón.

Egisto.—¡Grato fulgor de un día que la justicia porta! Puedo decirlo ahora: ¡hay dioses que castigan a los mortales y que velan sobre los hombres! Las Erinias tejieron el velo y en él quedó enredado este hombre... ¡Yace allí inerte y cómo me complace! Está pagando ya las perfidias de un padre... Atreo fue su progenitor, y rey de este palacio. El disputó el poder a mi padre Tiestes... lo diré claro... su propio hermano era. De esta ciudad lo expulsó y lo despojó de su hogar... Vino el mísero impetrando de Atreo un rincón en el hogar: no quería ser asesinado ni mancillar el suelo de sus padres... Ah, pero Atreo, el criminal padre de este hombre, fingió un festín de grata rememoración y en él ofrece como vianda la carne misma de sus hijos... Toca los pies y las manos toca... come el manjar funesto que nadie conocía... ¡Ruina perpetua para su raza toda! Lo sabe al fin, y llora y gime en vano y rueda bajo la mesa, vomitando los manjares funestos. Al fin se da cuenta de su crimen horrendo y clama y pide sobre los Pelópidas un duro y cruel destino, una pena interminable. Con el pie hiere el desdichado la copa y la mesa y clama en paroxismo de dolor: "Así perezcan todos los de la progenie de Plistene..." Esa es la causa de que lo veas ahora yacer sin vida en tierra. Esa es la causa de que yo ordenara castigar este crimen.

Hijo decimotercero de mi padre, con él marché al destierro. Era yo niño, yacía yo aún en la cuna... Pero he crecido ya... y la justicia me ha traído y he podido dar con este hombre en su mismo hogar... Yo soy, yo soy el que toda esta trama urdió, yo tejí los nudos en que quedó deshecho... ¡Dulce y grata es para mí la muerte misma ahora que veo cumplida la justicia...!

Coro.—Egisto, que ante el infortunio hagas alarde de altivez, no lo alabo... Dices que tú eres el autor de la muerte de este hombre, que tú maquinaste su ruina... lo que yo digo es que tu cabeza no quedará impune —¡sábetelo muy bien!— ante las iras del pueblo...

él te abrumará con sus maldiciones y también con sus piedras...!

Eg.—Y ¿eso me dices tú? ¿Tú que estás sentado en la fila postrera de los remadores? ¡Quién manda es el de arriba! ¡El que viaja en el puente! Lo vas a saber pronto: duro es para los viejos de tu edad aprender a ser discreto. ¡Qué buen oficio hacen para educar, aun a los viejos, los grillos y el hambre! ¡Son medicinas de mágico efecto! ¿Lo quieres ver? ¡Lo tienes a tus ojos! ¡No descoces contra del gorguz: puede ser que te claves y te cures!

Coro.—¿Eso me dices tú, mujercilla en los hechos? En casa te estuviste a que tornaran los viriles hombres de la batalla y, tras mancillar el lecho de un varón verdadero, le tramaste la muerte a todo un capitán del ejército.

Eg.—Esas palabras te producirán lágrimas. Tienes lengua contraria a la de Orfeo... con sus cantos él hacía correr en pos de sí todos los seres: y tú con tus ladridos provocas el encono... Ya las cadenas te darán cordura: de la cárcel saldrás muy amansado.

Coro.—¿Con que he de verte rey de Argos, a ti que urdiste la muerte de este hombre, y no tuviste ni mente ni mano para ejecutarla?

Eg.—¡Ese el ardid fue... propio de una mujer es obrar con dolo discretamente! Yo no podría: era un viejo enemigo sospechoso. Ahora con las riquezas de este hombre voy a intentar el mando en la ciudad. ¿Alguien se me rebela? ¡Lo ato al yugo!... Ya no ha de haber aquí potros que bien hartos de cebada recalcitran... ¡el hambre unida a las tinieblas los hará mansos!

Coro.—¡Cobarde...! ¿Por qué con tu mano misma no mataste al hombre? ¡Una mujer, abominación de los dioses y execración del pueblo fue la que lo hizo aleve...! Ah, en algún sitio alienta Orestes aún... ¿no ha de venir un día bajo la suerte fausta y matar a estos dos impunes homicidas?

Eg.—... ¿Con que eso dices y eso piensas? ¡Lo verás! Guardias amigos: ¡esta es la hora!

Coro.—¿Ah, sí? En guardia todos: ¡espada en el puño!

Eg.—Yo también con la espada: ¡hago frente a la muerte!

Coro.—¡Morir tú dices... falle la fortuna!

Cl.—Detente, amor, amado más que a nadie; no acumules desdichas a las que ya pesan sobre nosotros... Basta de males ya... no los acrecentemos; no derramemos más sangre... Entrad todos. Tú a tu mansión; vosotros, oh ancianos, a vuestra propia morada. A cada uno lo ha fijado el destino. Ya nada hacer ni nada sufrir que sea doloroso. Fue lo que debió ser. Ojalá que estos males sean bastantes: ¡cesarian nuestros lamentos! Rudos han sido los azotes que el genio de esta casa descargó sobre nosotros! Es el juicio de una mujer: vosotros sabéis si lo escucháis.

Eg.—¡Y baldonarme a mí sus lenguas insolentes... alzar su voz para decirme dicerios... Por paciente que un gobernante sea, tolerarlo no debe!

Coro.—¡Jamás será posible que Argos adule a un malvado!

Eg.—Pero yo te daré la respuesta en el futuro... nunca es tarde...

Coro.—Cierto que no... ¡Pero, si un dios guía acá a Orestes?

Eg.—¡Ya lo sé... los desterrados se alimentan de esperanzas!

Coro.—¡Adelante: florece... huella la justicia y macúlala: ¡el poder ahora está en sus manos!

Eg.—¡Ya pagarás muy dura la pena de tu rebelde insensatez!

Coro.—Marcha osado... imita al gallo en sus alardes junto a tu gallina!

Cl.—No te preocupes de sus vanos ladridos. Somos amos tú y yo de este palacio: impondremos el orden.

FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD V

Ficha No. 1

I.—INSTRUCCIONES:

Lee cuidadosamente la ficha I y responde a las siguientes cuestiones:

1.—Escribe el nombre del lugar de donde era originario Esquilo.

2.—Menciona el epitafio escrito en su tumba.

3.—Cita las batallas en que participó como soldado.

4.—Escribe cuándo ganó Esquilo su primer triunfo escénico.

5.—Anota el número aproximado de las obras que escribió y el título de las tragedias que han sobrevivido.
